

(5)

CAPÍTULO 2

TUREN: GENESIS Y EVOLUCION DE LOS PEQUEÑOS CAPITALAS
EN LA PRODUCCION MECANIZADA DE GRANOS

En 1949, en el primer año de la Junta Militar de Gobierno, el recién constituido Instituto Agrario Nacional (IAN) diseñó un proyecto de colonización, la Unidad Agrícola Turén, para unas 15.000 hectáreas enclavadas en lo que hasta la fecha se denominaba "la reserva forestal de Turén" (ver Mapa 2).

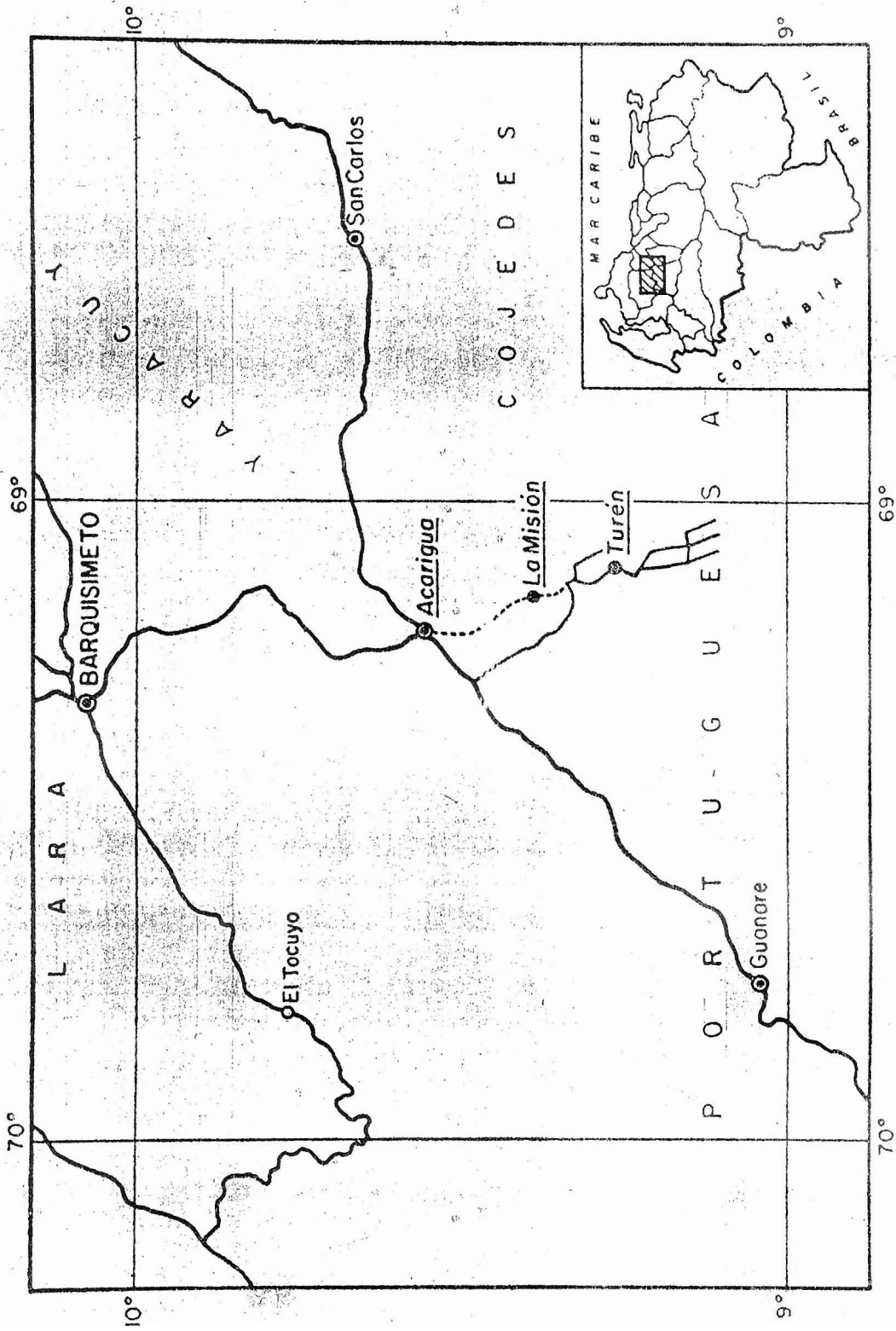
Según Filardo (1979: 61), en 1974, Turén aportaba el 73% de la producción nacional de ajonjolí (unas 120.000 tm), el 40% de la producción de arroz (unas 100.000 tm) y el 7% de la producción de maíz (50.000 tm), lo que la distinguía como una de las principales zonas agrícolas del país.

El caso Turén constituye un importante ejemplo de la formación y desarrollo de la pequeña producción capitalista en la producción mecanizada de granos (cereales y oleaginosas) para la agroindustria como consecuencia tanto de la intervención planificada del Estado como de la ocupación espontánea de tierras en una frontera agrícola en continua expansión.

En este capítulo, a partir de la descripción de las diferentes etapas por las que atravesó el proyecto y del análisis de diferentes casos de empresas y productores de la zona, me propongo identificar las condiciones que han posibilitado la reproducción de esta forma productiva en un período de treinta y cinco años.

2.1. ANTECEDENTES

En 1949, los llanos occidentales de Venezuela, constituían una extensa región de algo más de un millón de hectáreas, prácticamente despoblada, y en gran parte cubierta por bosques y sabanas naturales. El paludismo que, hasta comienzos de la década del 40 infectaba a la mayor parte de las tierras bajas del país, había mantenido prác-



LOCALIZACION DE LOS CASOS: TUREN, ACARIGUA Y LA MISION
 MAPA. 2

ticamente virgen esta inmensa superficie. En este contexto, la "reserva" o "selvas de Turén", constituían el área comprendida entre los ríos Guache y Cojedes, al sur de la ciudad de Acarigua, en el Estado Portuguesa.

En el período gubernamental del general Eleazar López Contreras (1936-1941) la construcción de una carretera de tierra facilitó la comunicación entre Acarigua y los pequeños centros poblados de La Misión y Villa Bruzual, en los límites de la reserva. Otro ramal de tierra, abierto en el período de Medina Angarita (1941-1945), conectó también al poblado de Píritu, próximo a la zona boscosa, con la carretera occidental entre Acarigua y Barinas. La apertura de ambas trochas y la erradicación del paludismo facilitaron en la década del 40 un lento y espontáneo proceso de ocupación de las tierras de la reserva por parte de pequeñas explotaciones madereras y campesinos "conuqueros".

Ya en la década del 20, los Concejos de Turén, capital Villa Bruzual, y Píritu, que consideraban ejidos a estas tierras, habían comenzado a otorgar pequeños permisos de explotación de la madera; no fue, sin embargo, sino a mediados de la década del 40 que comenzaron a crearse algunos aserraderos en la zona. Por otra parte, con la apertura de las carreteras y de las "picas" abiertas por los madereros, se intensificó la lenta ocupación del bosque por campesinos provenientes de las más densamente pobladas regiones de Lara, Yaracuy y Falcón. La siembra de "conucos" (el policultivo itinerante en zonas recién deforestadas), y el trabajo ocasional en las explotaciones madereras y las pequeñas haciendas vecinas garantizaban la supervivencia de estas familias y le permitían colocar ocasionalmente sus excedentes en los mercados locales. En ocasiones, el "conuquero", considerado un "pisatario" u ocupante precario, pagaba renta a los Concejos Municipales de la zona. Según algunos informantes, en esta época la renta se estimaba a razón de cuatro bolívares por "tarea" (antigua medida de 12 por 25 varas cuadradas), lo que equivalía aproximadamente a unos 80 mts².

Cada quien tenía su conuco (relata uno de los protagonistas del proceso). Había yuca, tabaco, caraota, todo para uno suministrarse a uno mismo. Rozábamos, tumbábamos. El que tenía bastante tumbaba 40 tareas. El chimó (tabaco de mascar), el maicito, las caraoticas, los quinchonchitos. Tenía su hectárea de caña para "jalar" trapiche de mano, para hacer papelón (azúcar en panela). En el pueblo comprábamos alpargatas...

Cada Concejo Municipal tenía su comisionado que era el encargado de hacer las mediciones y cobrar las rentas. Por el río Portuguesa, en un largo viaje que se iniciaba en Ciudad Bolívar, sobre el Orinoco, se traían los pequeños trapiches importados de la época y rudimentarias desmotadoras de algodón, hasta una población denominada Nueva Florida. De allí, con la ayuda de bueyes y mulas, las conducían a través de las "picas" abiertas en el bosque hasta los pequeños caseríos de la zona.

En 1936 se iniciaron los estudios para el aprovechamiento agrícola de la selva de Turén. No fue, sin embargo, sino en 1948, durante el gobierno de Rómulo Gallegos, que el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización (ITIC) hizo los primeros levantamientos topográficos de la zona. Un siglo antes, en 1839, Agustín Codazzi había fundado en el Estado Aragua, a 1.790 mts de altitud, una colonia agrícola con inmigrantes alemanes. En el largo período de Gómez, otras colonias agrícolas habían sido establecidas en diferentes zonas del país, con la finalidad de poblar el inmenso y prácticamente desocupado territorio y de iniciar un proceso de modernización de la producción agrícola y de "mejoramiento étnico" de la población.

A partir de 1939, con la fundación de ITIC, la política estatal de colonización de nuevas tierras y de fomento a la inmigración europea cobra nuevo impulso. De modo que, en 1949, cuando el ITIC se convierte en Instituto Agrario Nacional, ya existían unas dieciséis colonias agrícolas en todo el país.

En noviembre de 1949, la Junta Militar que derrocó al gobierno constitucional de Rómulo Gallegos, derogó también la recién sancionada Ley de Reforma Agraria. Armando Tamayo Suárez, ex director del ITIC, y Ramón Pinto Salvatierra fueron nombrados presidente y vicepresidente del recién creado Instituto Agrario Nacional. Pinto Salvatierra, con el asesoramiento de los ingenieros norteamericanos Samuel Strebbling y Clark se dedicaron a la tarea de diseñar un proyecto de colonización y desarrollo para la selva de Turén.

2.2. EL PROYECTO "UNIDAD AGRICOLA TUREN"

El proyecto Turén tenía como meta principal la colonización de una zona de 15.000 hectáreas de selva en un plazo de tres años a fin de asentar en ellas a unas seis mil familias de agricultores "modernos".

Los objetivos eran contribuir a producir en el país las materias primas de origen agrícola que la ya incipiente industrialización del país requería, así como difundir entre los agricultores tradicionales los nuevos rubros y las nuevas técnicas productivas que harían posible la modernización del país. La concepción inicial del proyecto era la de una agricultura bajo riego, completamente mecanizada, basada en unidades de producción con una relación hombre-tierra adecuada al tamaño de una familia promedio.

Las parcelas, cuya superficie fue estimada en promedio inicialmente en 24 has, se entregarían completamente deforestadas y niveladas, así como con los drenajes internos necesarios. En la zona del proyecto se mantendrían hileras de árboles sin tumbar, a fin de que sirvieran de cortinas "rompevientos", en previsión de la actividad erosiva de los vientos. Por otra parte, una reserva forestal de 20.000 hectáreas garantizaría la conservación, al menos parcial, de las características ecológicas y de la flora y fauna de la zona.

Cada parcela contaría con una moderna y funcional vivienda, similar a las que las compañías petroleras norteamericanas construían en los campamentos petroleros del país. El diseño cuadriculado de las parcelas, y la construcción de viviendas en una de las esquinas, formando pequeños núcleos de cuatro casas contiguas, permitiría un mayor contacto e integración entre las familias vecinas y facilitaría la dotación a bajo costo de agua potable y electricidad a los hogares.

Cada colono sería dotado de un parque de maquinaria y herramientas consistente en un tractor, un arado, una rastra, una sembradora de maíz, una sembradora de arroz, una asperjadora, una gandola, y un hacha y machete. Todo esto estaba valorado en unos Bs. 27.000. Los colonos, a su vez, deberían acondicionar un pequeño huerto en cada parcela y un corral para aves y ganado menor, a fin de garantizar una provisión constante de alimentos al núcleo familiar.

Las viviendas serían dotadas, para el momento de su ocupación por cada familia, de muebles, vajilla y lencería; todo de acuerdo al tamaño de cada núcleo familiar. Por otra parte, hasta que obtuvieran su primera cosecha, los colonos serían provisionados diariamente con los alimentos necesarios.

El Estado, por otra parte, dotaría a los productores de tres tipos de crédito para la producción y el consumo. Uno, con un plazo de 20 años, para la compra de la parcela y la vivienda. Otro, pagadero entre dos y ocho años, para el pago de la maquinaria, el equipo,

los pasajes (en el caso de los inmigrantes) y los primeros gastos de subsistencia. Otros, pagaderos en plazos de seis meses a un año, para los gastos de explotación de la parcela.

Aparte de la apertura de una red de caminos y vías de penetración, el proyecto contemplaba también la construcción de un pequeño centro poblado en el que estarían ubicados los edificios administrativos y de vivienda de los funcionarios del IAN adscritos a la zona; así como talleres, depósitos para maquinarias, dispensario, escuela, iglesia y centro social. A proximidad del centro poblado se construiría también una pista de aterrizaje.

Por otra parte, una parcela sería reservada para la creación de una Estación Agronómica Experimental, en la que se ensayarían nuevas técnicas agrícolas y se produciría el material genético vegetal más adaptado a las condiciones ecológicas de la zona.

La comercialización de la producción agrícola estaría garantizada por el Estado, para lo cual se programó también la construcción de secadoras de granos y silos de almacenamiento en la zona. Una alcabala y un puesto permanente de la Guardia Nacional a la entrada de la colonia permitirían un control estricto de los movimientos de personas y los flujos de mercancías entre la colonia y su medio exterior.

En conclusión, se trataba de un proyecto de colonización agrícola concebido con criterio de integralidad, sin olvidar ningún detalle. Un proyecto que, salvando las diferencias, intentaba asemejarse, en lo que a la producción agrícola se refería, a los grandes proyectos de explotación minera de las compañías petroleras en el país.

2.3 LA FASE DE FUNDACION

En 1950 se dio inicio oficialmente al proyecto. Dos años antes un equipo técnico había comenzado las primeras deforestaciones y los primeros trazados de vialidad en la zona. Con el nombramiento de un capitán del ejército en la dirección del proyecto se aceleraron los trabajos ya comenzados y se dio inicio a la construcción de las primeras viviendas.

El proyecto comenzaba a ser ejecutado tal como había sido previsto. No obstante, ese mismo año se presentó un primer obstáculo. En el diseño inicial se había previsto que los "pisatarios" u ocupantes en precario de tierras en la zona serían incorporados al proyecto en

calidad de colonos. Inicialmente se había contemplado que el 80% de los nuevos agricultores fueran venezolanos, mientras que sólo un 20% fueran inmigrantes europeos. No había sido previsto, sin embargo, que la reacción mayoritaria de estos campesinos fuera negarse a desocupar sus "ranchos" y "conucos" para dar paso a una reestructuración de la propiedad sobre las tierras de la zona; como tampoco que se negaran a integrarse a los planes de producción que habían sido programados para ellos.

Uno de aquellos "conuqueros", hoy obrero agrícola y de la construcción en Turén, relata lo sucedido:

Yo vivía allá abajo, más al sur de la Colonia. De allí corrieron a todo el mundo. Le metieron candela a las casas. Yo tenía un conuquito de 40 tareas. Ya andaba en dos años que estaba allí. Llegó la Guardia Nacional y nos sacó a todos, eso fue en el 49. Así que me fui para un sitio que llamaban Campo Alegre, más arriba. Allí me refugié, recogí la maletica, la mujercita y los dos muchachos. Y me vine a Villa Bruzual. Aquí construí un rancho. Empecé a trabajar como obrero. El primer trabajo fue echar pala en la Colonia. Trabajé echando pala, abriendo canales, construyendo casas. Me pagaban doce bolívares diarios, las ocho horas. Después vino el asunto que recortaron los sueldos y quedaron pagando ocho bolívares. Duré un año trabajando para el IAN, luego me botaron. Ya habían llegado los "mushiús" (extranjeros).

Otro testigo de la época, hoy productor en El Ají, poblado cercano a la Colonia, nos da su versión de los hechos:

La Colonia comenzó a buscar gente para que recibieran las parcelas. Los que estaban ahí, los que vivían ahí eran reacios. No querían porque y que se iban a convertir en esclavos. El gobierno se vio en la necesidad de traer gente de Guacara, para que enseñaran a la gente... Algunos, en lo que llaman micro-sur y micro-oeste, recibieron tierra... pero no les sirvió. Algunos venezolanos se quedaron, pero fueron muy pocos.

No obstante, ese mismo año hubo un terremoto en El Tocuyo. Algunos de los damnificados fueron enviados a Turén. Este grupo, y los provenientes de Guacara (Estado Carabobo) constituyeron los primeros colonos criollos del proyecto. En total, unas noventa familias venezolanas recibieron parcelas, con superficies que oscilaron entre las 26 y las 36 hectáreas.

El fracaso en incorporar a los "conuqueros" de la zona, así como las dificultades para reclutar a otros posibles beneficiarios criollos, determinaron un cambio en el diseño original en favor de la colonización con inmigrantes europeos. Por otra parte, el Comité Internacional de Migraciones Europeas (CIME), cuyo objetivo era

reubicar en los países abiertos a la colonización a los damnificados de la II Guerra Mundial, acogió con agrado la posibilidad de incorporar colonos europeos al proyecto.

El 12 de marzo de 1951, por intermedio del CIME, llegaron a Venezuela los primeros inmigrantes de origen alemán. Según Oprescko (1979: 55), después de esperar un tiempo en El Trompillo, población cercana a Puerto Cabello, a fin de que sus viviendas estuvieran listas para ser ocupadas, los primeros colonos europeos llegaron a la zona.

Mientras tanto, los trabajos de deforestación, construcción de carreteras y viviendas avanzaban rápidamente. A fines de año ya existían 132 kms. de vías de penetración abiertas en la Colonia y unas 450 viviendas construidas.

En febrero de 1952 un segundo contingente de europeos, inmigrantes italianos en este caso, llegó a la Colonia. Uno de ellos nos relató en los siguientes términos los motivos que tuvo para migrar a Venezuela:

Mi papá era agricultor, desde los seis años conozco la agricultura. Eramos diez hermanos, yo soy el más joven. Me vine, por no tener 10.000 liras para comprar abono. El pasaje a Canadá era demasiado caro, era imposible. Un día, con un amigo fui a Roma a la Embajada venezolana. Ellos nos remitieron al CIME. Allí nos dijeron que si no nos convenía ellos se encargarían de devolvernos. Otro amigo me dijo: "No te vayas, esa es una nación de indios, una nación que está naciendo ahorita". Nos vinimos mi señora, dos niños, uno de 7 años y otro de seis meses, mi mamá y yo.

Y, en relación a sus propias metas para la época, continuó:

En Puerto Cabello nos dijeron que yo tenía asignada una parcela de 37 hectáreas. No lo podía creer. En Italia teníamos dos parcelas, una de 18 y otra de 14 hectáreas, pero éramos sesenta personas para trabajarlas. En Italia, los venezolanos del Consulado nos habían prometido cinco hectáreas. Esa era la petición nuestra: cinco hectáreas. Ud. sabe que la agricultura europea es como un abasto... tiene sus marranos, tiene papa, cebolla, algún tomate. Cuando me hablaron de 37 hectáreas para trabajarlas yo sólo les dije: "Pero, Uds. están locos, ¿cómo voy yo a trabajar 37 hectáreas?". Nos pasaron una película, nos explicaron que cada uno podría trabajar hasta 50 hectáreas. Bueno, a los dos años ya empezamos a pedir más tierra...

Los primeros años fueron difíciles, pero las cosechas fueron buenas. Un colono alemán al escribir sobre esta época, señaló:

Fue una época de gran esfuerzo... disfrutamos de algún dinero que nos dio el Estado para nuestros gastos particulares, pero experimentamos algunas angustias económicas... La primera cosecha fue de maíz. El rendimiento fue de 4.000 kgs por ha, que en opinión de los conocedores no era tan mala que digamos. El producto de la cosecha fue entregado al IAN y luego de descontarnos las deudas sólo nos quedaron Bs. 72 (Oprescko 1979: 14).

Otro colono, italiano, nos dio también su versión personal de estos primeros años:

Me entregaron 37 hectáreas de montaña, solamente había unos 100 m² limpios alrededor de la casa. Nos dieron todo: la casa, mesa, platos, ollas, camas, sábanas, de acuerdo al número de personas. Los primeros tres días nos llevaban en autobuses al comedor, después nos dieron bonos de 150 bolívares por día. Teníamos pasta, azúcar, caraotas, todo lo que hacía falta. Eso sí, no había agua ni luz. El agua del río. La linterna de kerosene, durante dos años... El IAN empezó a deforestar. Lo primero que sembré fueron tres o cuatro hectáreas de maíz. Mi señora cosía pantalones. Yo la ayudaba con la bicicleta, ella fue la que me mantuvo durante cinco o seis años.

Uno de los colonos criollos nos relató su incorporación al proyecto:

Mi hermano y yo éramos estudiantes en Maracay. Teníamos familia en Acarigua. Una vez que vinimos de vacaciones vimos la propaganda. Nos fuimos a conseguir una recomendación, porque era por recomendación militar, y yo tenía un pariente en la Seguridad. Eso fue en el año 1950. Había ya un grupo de venezolanos aquí. A mí me trajeron a escoger, los primeros nos dimos el lujo de escoger las parcelas. A los microparceros, los ex conuqueros, los pusieron en unas casitas muy incómodas. Así se fue gestando el odio de esa gente contra los parceleros. Me dieron un tractor con su equipo: arado, rastra, sembradora. Yo pagué casi todo, sin embargo, todavía hay algunos giros por ahí sin pagar.

Uno de los antiguos conuqueros, hoy convertido en obrero, relata su propia incorporación al proyecto:

Después que me botaron del IAN comencé a ir al Samán. Esa plaza en Villa Bruzual en la que se paran los obreros a esperar que pase alguien ofreciendo algún trabajo. Por ahí pasaban los parceleros. Venía ese puño de parceleros para arrancar paja, jalar machete, limpiar arroz, jalar escardilla, todo. Ellos ya tenían su maquinaria, pero necesitaban para la pura limpia, el arrancao del monte, el escardillao.

El 29 de septiembre de 1952, a los dos años de haber comenzado oficialmente la ejecución del proyecto, Villa Bruzual fue esce-

nario de uno de los primeros y más sangrientos levantamientos populares contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Según ciertas estimaciones unas ciento treinta personas en total, la mayor parte obreros y campesinos de la zona, fueron ajusticiadas al fracasar el levantamiento.

Aun cuando ninguno de los parceleros se vio involucrado directamente en el hecho, "la masacre de Turén", permanece aún en la conciencia como fuente de recelos y desconfianzas entre los antiguos pobladores de la zona y los colonos.

En 1953 el Concejo Municipal firmó con el IAN un contrato en el que vendía unas 20.000 hectáreas de sus tierras ejidos. Según Giusti (1979: 2) ya en 1949 el Concejo había cedido en enfiteusis unas 15.000 hectáreas a la Colonia, por lo que el nuevo contrato añadía cinco mil hectáreas adicionales al proyecto original. Ese mismo año, la construcción de un canal, cuyo objetivo principal era controlar las crecidas del río Acarigua, permitió incorporar otras tierras al cultivo. La Colonia había entrado en una etapa de expansión basada en la incorporación de nuevas tierras.

Por otra parte, ese mismo año, el cultivo de ajonjolí, que anteriormente sólo había sido sembrado experimentalmente, se generalizó en la Colonia como cultivo típico de la estación seca. Un colono alemán (Oprescko 1979: 56) hizo el siguiente relato del proceso de adopción del cultivo en la zona:

Quando se acercaba la segunda cosecha, el IAN trajo algo de semilla, que sólo alcanzaba para siete parceleros. Algunos sembraron caraotas. Quando llegó la cosecha de ajonjolí, la cortamos a machete y la desgranamos a palo, sobre una lona, pues no teníamos desgranadora mecánica. . . . A pesar de todo, la cosecha fue de 1.300 kgs. por ha. El IAN conservó una parte de la cosecha para semilla de la próxima. Esta vez, más de cien agricultores sembramos ajonjolí, y para la cosecha, el IAN nos facilitó unas cuantas cosechadoras mecánicas, pero ellas no eran aptas para trillar ajonjolí. . . . Modificamos el sistema, pero era muy peligroso para los hombres que nos ayudaban, habiéndose registrado accidentes muy frecuentes, por lo que nos tocaba pagar seguros de accidente y muerte a las familias perjudicadas, quedando arruinados muchas veces os agricultores.

A pesar de estas dificultades iniciales, el cultivo del ajonjolí constituyó un gran beneficio para los productores de la Colonia en esta etapa, al permitirles intensificar tanto el uso de la tierra como de la maquinaria de que disponían.

En 1954 la Colonia comprendía ya unos 449 parceleros (Vessuri 1978: 36), de los cuales el 86% eran inmigrantes provenientes de veintiséis países diferentes; aun cuando, de hecho, predominaran los italianos, españoles y alemanes. Sólo unas pocas parcelas quedaron en posesión de colonos venezolanos, en parte porque el número de adjudicaciones a criollos fue menor, en parte porque algunos de los adjudicatarios iniciales abandonaron posteriormente el parcelamiento. Por otra parte, 223 "microparcels" fueron adjudicadas a los antiguos conuqueros u ocupantes de la zona.

En estos primeros años muchos de los colonos iniciales decidieron abandonar sus parcelas. Según datos del MAC, citados por Vessuri (1978: 36), de los 449 microparcels existentes en 1954, sólo quedaban 349 en 1958; mientras que de los 223 microparcels iniciales sólo permanecían 155 para la misma fecha.

La desocupación de algunas parcelas y, a partir de 1959, la adquisición de nuevas tierras por la Colonia permitió dotar de más tierra a aquellos colonos que lo solicitaran mediante la integración de las tierras en una unidad de producción ampliada. Para algunos colonos, este proceso de crecimiento en extensión de sus unidades productivas, se logró también mediante la simple ocupación de nuevas tierras al exterior de los confines originales de la Colonia.

Un colono italiano, a quien llamaremos Giuseppe, nos narró él logró aumentar la superficie de su explotación:

Vino el cambio. Los alemanes se iban, los españoles se iban. Y nos dieron el cambio, pagando las bienhechurías y además, pagando la cuota regular del crédito a largo plazo del IAN. La cuota fija anual era de Bs. 2.461 por veinte años. Pero por bienhechurías pagué sesenta mil bolívares. Sin embargo, las que tenía en mi parcela antigua las perdí, era yo quien estaba buscando el cambio. En aquel tiempo era así.

Mientras que Antonio, colono criollo, obtuvo en esa misma fecha una segunda parcela, sin pago alguno:

Muchos se fueron, les pagaron tres lochas... Aquí hubo una ley cuando Pérez Segnini (Presidente del IAN entre 1959 y 1961), que al que tenía una parcela inferior a 50 hectáreas le anexaban una segunda. A mí me anexaron una sin que yo la pidiera.

Por otra parte, Emilio, inicialmente un empleado del IAN, pero posteriormente un pequeño propietario en tierras próximas a los límites originales de la Colonia, también nos hizo el relato de cómo obtuvo su parcela:

Existía esta posesión Chingalí, que era de Manasés Meléndez. De Turén para acá había varios caseríos, como quince en total. La posesión tenía una 40.000 hectáreas. Aquí, en El Ají, no existía caserío. Todo esto era bosque, una explotación maderera, se fueron formando los "conucos". Yo estuve viendo sacar madera durante diez años: 20.000 mts de madera al año. Manasés Meléndez le dio madera a la gente para que hiciera sus casas y construyó dos escuelas. Pero llegó un momento en que sacó toda la madera. Entonces quiso comenzar a trabajar las tierras. Incluso quiso poner una alcabala para cobrar "piso" (renta) a los "conuqueros". En 1959, con la democracia, la gente comenzó a no pagar el piso. Pero continuamos trabajando, hasta 1965, cuando el IAN compró la finca. Pero el IAN nunca llegó a parcelar. Las tierras están como nosotros las agarramos. La mayoría tiene 20, 50 hectáreas. Algunos no tienen tierras, porque vendieron sus bienhechurías... El IAN hizo un intento de parcelamiento, pero eso creó muchos problemas. El IAN solamente construyó la carretera.

Con el proceso de Reforma Agraria, consignado por Ley en 1960, otras "posesiones" (Chorrerones, El Palmar, Mantecal, Turén Viejo, Santa Cruz y La Chaconera), próximos a la Colonia original, fueron incorporadas a la actividad productiva por los antiguos y los nuevos colonos. Uno de los protagonistas de este proceso escribió:

Las nuevas áreas que fueron incorporándose año tras año no tuvieron la dotación ni el ordenamiento concebido para las primeras 28.000 hectáreas. La expansión se logró a base de vías mal hechas, algunas ejecutadas por los propios colonizadores, y la deforestación y mecanización de grandes áreas. Las inundaciones en la zona eran frecuentes, por efecto del mal drenaje, hasta el punto que gran parte de la zona estaba siendo subutilizada y los rendimientos eran realmente desastrosos. Muchas de las nuevas carreteras se convirtieron en diques al no dotarse de las obras de arte necesarias. Otras vías, construidas más abajo que el terreno natural, se convertían en vías de agua en el invierno. El transporte de productos e insumos se hacía casi imposible durante la época de invierno (estación lluviosa).

Actualmente se estima que la zona en producción en Turén y sus alrededores abarca una superficie de aproximadamente 280.000 hectáreas. Por otra parte, sólo la Asociación de Productores de la Unidad Agrícola de Turén (ASOPRUAT) afilia a unos 2.800 agricultores. Muchos otros productores están afiliados a los Sindicatos Agrarios de la Federación Campesina de Venezuela o han preferido no tener afiliación gremial alguna.

Por otra parte, actualmente están en ejecución nuevos proyectos (Turén II y Turén III) para incorporar unas 194.000 hectáreas

adicionales a la producción agrícola en tierras próximas al Turén original.

De los primeros colonos, aquellos asentados entre 1950 y 1956, hoy sólo quedan unos doscientos. Algunos regresaron a sus países de origen, muchos migraron a otras tierras o a los centros urbanos en búsqueda de mejores oportunidades, otros ya han muerto. Una gran parte de la explicación del abandono de las parcelas por parte de los colonos originales está relacionada con las sucesivas etapas de "crisis" que ellos tuvieron que afrontar. ¿Cómo las superaron los colonos que aún permanecen en la zona? y ¿qué transformaciones experimentaron sus unidades productivas? son las preguntas a las que intentaré dar respuesta en las secciones siguientes de este capítulo.

2.4. EL PROCESO DE CONSOLIDACION

2.4.1. *Cambios técnicos y transformación de las relaciones de trabajo*

A la etapa de fundación de las nuevas unidades, en forma planificada, tal como inicialmente se dio en la Colonia, o espontáneamente, a través de la ocupación de nuevas tierras en las zonas adyacentes, siguió el proceso de su consolidación como empresas productivas. En el proceso no todas sobrevivieron, algunos simplemente quebraron, otros abandonaron en búsqueda de oportunidades mejores en otras zonas. Aquellas unidades que aún permanecen, en gran medida lo hicieron debido a que pudieron adaptarse a nuevas situaciones mediante la transformación de sus propias características internas y a la adopción de los cambios técnicos. El describir estas transformaciones y explicar sus causas es el objetivo de esta sección.

Para esto, nos serviremos de tres ejemplos o casos, tomados de familias y empresas realmente existentes en la zona, en el supuesto de que pueden ser suficientemente representativos de los procesos experimentados por la mayor parte de las unidades productivas en la zona.

Un colono inmigrante: Giuseppe

La instauración del régimen democrático en 1959 resultó particularmente favorable para Giuseppe, uno de los colonos italianos

que se incorporó al proyecto en 1952, al permitirle el cambio que él siempre había deseado, a una nueva parcela de 46 has.

En sólo dos años, unas buenas cosechas de arroz y ajonjolí, le permitieron cancelar la deuda contraída con el Banco Italo para el pago de las bienhechurías al antiguo propietario de la parcela. Ese año, 1961, por primera vez desde que llegó a Turén, hacía ya nueve, Giuseppe obtuvo algún ingreso neto (Bs. 11.000) al serle cancelada la cosecha.

Los primeros años, confesó, fueron duros. Su hijo mayor, que había cumplido 14 años, ya ayudaba algo, pero sólo el tiempo que le permitían sus estudios. Su esposa, que inicialmente aportaba algún ingreso a la familia cosiendo por encargo, ahora tenía que atender la casa y cuidar los niños pequeños.

De noche, recuerda Giuseppe, trabajaba con el tractor. De día un obrero amontonaba los palos. Llegó un momento en que casi no tenía fuerzas.

Giuseppe realizaba todo el trabajo mecanizado:

En Italia no sabía manejar toda esta maquinaria. Trabajaba con caballo y con mula. Aunque sabía conducir, pero nada de trabajar con rastra ni cosechadora. Mi suegro me enseñó muchas cosas, aquí aprendí la mecanización.

Algunos trabajos no se podían aún realizar con maquinaria. Para la limpia del arroz y del ajonjolí los colonos tenían que contratar obreros:

En aquel tiempo se limpiaba a mano, con machete. Después vino el avión. Ahora le echas Gramozone, que mata la broma y ya. El obrero se acabó.

Un obrero confirma lo dicho por Giuseppe:

Nos llamaban a las parcelas a arrancar paja, a jalar machete, a limpiar el arroz, a jalar escardilla, todo. Los colonos ya tenían maquinaria. La preparación de la tierra la hacían ellos mismos. Pero nos necesitaban para la pura limpia, el arrancao del monte, el escardillao... no había aún yerbicidas. Desde que vino el yerbicida uno está pelando.

En los primeros años, la cosecha del ajonjolí también se realizaba completamente a mano:

Los tres primeros años fueron a mano, se cortaba a mano el ajonjolí. No hubo máquina sino para el 56.

La cosecha del maíz también se realizó a mano hasta varios años después:

A veces, señala Giuseppe, había hasta 30 obreros en la cosecha del maíz, porque había que hacerla a mano. Se contrataban durante los 40 días, más o menos, que duraba la cosecha. En el ajonjolí también, pero menos, sólo unos 15 días.

En 1976 Giuseppe compró una segunda parcela de 40 hectáreas, con lo que la superficie total de su explotación llegó a 86 hectáreas. Un año después, compró una tercera, de 34 has. Y, poco después, una cuarta, con lo que llegó a su meta de 200 has.

Por otra parte, su hijo mayor se graduó de piloto y comenzó a trabajar en una compañía local de fumigación aérea. El segundo todavía estudiaba, también para piloto, y el más pequeño se encontraba aún en la escuela primaria.

En esa época, señala Giuseppe, comenzó el problema de contratar tractoristas. Había que contratarlos a juro. Actualmente (noviembre 1982) trabajan con nosotros, entre tractoristas y obreros, unos 18 o 20 hombres.

Llegado el momento, los hijos se independizaron. No obstante, aún existen ciertos vínculos económicos entre ellos y sus padres. Es Giuseppe quien habla:

Ellos formaron su propia compañía de aviación. Uno es agricultor. Todos tienen su parcela, cada quien 50 has, de las 200 a las que logré llevar la explotación. Yo les trabajo la tierra, vamos arreglando la plata en familia. Les doy lo que les tengo que dar. Mientras eran pequeños uno les pasaba 10, 20 bolívares, les daba su "fiapita" (extra) para el cine...

Y Giuseppe resume el proceso vivido con las siguientes palabras:

Aquí nosotros, después de tantos sacrificios, nos formamos un capital, tenemos 200 hectáreas, le compré a mis hijos una empresa de fumigación aérea... A mí no me sobra mucho, cada año, unos 60 o 70 mil bolívares. Por otra parte, mis hijos, están casados todos con venezolanas. Vendimos la tierra que teníamos en Italia. Yo me nacionalicé en el 73. A Italia vamos cada 4 o 5 años. Tengo allá un compromiso humano. Pero, los muchachos míos no quieren saber nada de Italia.

Un colono criollo: Antonio

Antonio es de los colonos que vinieron de Guacara (en el Estado Carabobo), en el año 50, a través de sus contactos con oficiales

del régimen militar en el gobierno. Inicialmente se le adjudicó una parcela de 36 has. Durante varios años la trabajó junto con su hermano, varios años menor. En el 59 les anexaron otra, de un colono español que se fue, y la finca pasó a tener como unas 70 has. No obstante, al poco tiempo, su hermano se casó y se fue a vivir a Valencia. Antonio se quedó a cargo de la parcela. Vive él solo, con su madre, ya anciana. Esta es su narración de los primeros años como productor:

Primero sembramos maíz, unas cosechas muy buenas. Como no teníamos galpón, lo metíamos en la misma casa. Se cosechaba a mano, con obreros, y se les pagaba a bolívar el saco. Ahora se ha terminado, porque los obreros echaban mucha broma, y vinieron las máquinas cosechadoras. La fumigación primero era a mano, luego con tractor y asperjadora. Después vino la fumigación con avioneta, aun antes de la caída de Pérez Jiménez.

La fumigación aérea redujo los costos, pero ocasionó también otros inconvenientes:

Al principio cada quien tenía aquí su huerto. Yo siempre hacía almácigos de tomate. Pero después vinieron las avionetas y se perdían con la fumigación. Incluso las naranjas se queman.

Como muchos otros colonos, Antonio siempre trabajó como tractorista en su propia parcela. No obstante, a veces también tenía que acudir a contratar tractoristas:

Mi hermano y yo trabajábamos con el tractor de noche. Los tractoristas de día y nosotros de noche. Porque no estaba apurado en sembrar. Antes se sembraba en abril, y después no se podía sembrar porque comenzaba a llover. El ajonjolí lo sembrábamos en enero, y se lograban esas tremendas cosechas. Pero ahora la situación climática ha cambiado, ahora ya nunca se sabe.

Para la limpia y la cosecha había que traer obreros de otras zonas:

Cuando yo fundé, venían puros obreros de Lara. Para la cosecha del maíz íbamos a Cubiro y traíamos un camión de obreros. Al principio no teníamos galpón. Entonces teníamos que llevarlos todas las tarde al pueblo. Así que tuvimos que construir un galpón para los obreros. Traíamos unos 50 obreros, más o menos. Durante un mes, o mes y medio. Para la cosecha del maíz y para la limpia del ajonjolí. Los de aquí no trabajaban, siempre había esa desconfianza, esa mala intención. Decían que nosotros estábamos en su tierra.

Cuando la oferta de fuerza de trabajo comenzó a escasear, en la agricultura surgió un nuevo agente: el contratista de mano de obra.

Después vinieron los contratistas, que hicieron una rosca, y traían a los obreros. Acaparaban a los obreros. Eso comenzó incluso en la época de Pérez Jiménez.

Aparte de la fuerza de trabajo estacional, para ciertos trabajos, siempre se buscaba tener algún obrero permanente, de confianza:

Aquí siempre trabajó un viejito, durante 15 años. Era el único permanente que había. El siempre tenía esto macheteaíto, limpiecito. Era de Falcón, de la Sierra. Todos los años iba a su casa de vacaciones. Una vez no regresó, murió allá. Ahora hay dos obreros que viven aquí, uno de ellos es permanente. Es el tractorista. El otro vino hace poco, a trabajar en el algodón.

Antonio también tiene ahora un pequeño negocio y una casita en Villa Bruzual. Es un pequeño almacén, en el que se vende de todo. No obstante, salvo en la época de lluvias o de poco trabajo en la parcela, la mayor parte del año el negocio permanece cerrado.

Ud. sabe, cuando hay trabajo aquí en la parcela, siempre estoy aquí. Esto tiene uno que cuidarlo, porque si no es una ruina.

¿Colono o campesino?: Emilio

Emilio es de Barquisimeto, la capital del Estado Lara. Trabajó en el IAN muchos años, como tractorista, durante toda la etapa inicial de construcción de la Colonia. Posteriormente también trabajó como maquinista en las explotaciones madereras de los alrededores. Como muchos otros, tumbó "conuco" y pago "piso". Con el régimen democrático, y al amparo de la nueva política de Reforma Agraria, dejó de pagar renta.

Actualmente, Emilio comparte con un cuñado una explotación de 70 hectáreas, en El Palmar, muy cerca de la Colonia Turén inicial. Como conuquero comenzó con mucho menos, pero luego fue agrandando la explotación, comprando bienhechurías a otros ocupantes que por alguna mala situación quebraban y vendían. Legalmente estas tierras aún pertenecen al IAN, pero Emilio y su cuñado las consideran propias, el resultado de muchos años de trabajo.

En 1959, Emilio, con otros vecinos de El Palmar, fundó un Sindicato Agrario. A diferencia de otras organizaciones agrarias de este tipo, su objetivo no era lograr que le adjudicaran una parcela

de tierra, porque ellos mismos ya se la habían apropiado, sino contar con los recursos para hacerla habitable... y productiva. Emilio lo narra así:

Aquí no había luz, no había agua, no había escuela, nada. Nosotros en el Sindicato comenzamos a luchar por el agua. Nosotros comenzamos a luchar por todo esto. Los créditos eran del BAP. En principio, la recomendación que atendía el BAP era la del Sindicato. Así fue como hasta el 63, cuando surgieron las Uniones de Prestatarios, que son las que han venido a pervertir al campesino... Era una buena idea, pero es mala porque no permite que el campesino actúe solo, cada quien quiere dirigir la empresa. El resultado fue que el campesino no hace nada. Cuando yo estaba en el Sindicato hasta "tracalerías" (trampas) había que hacer, pero para beneficio de muchos. "Yo voy a decir que a Ud. se le perdió la cosecha del maíz" acordaba con los campesinos... pero con esa plata lograba que sacaran sus tractores.

El acceso al crédito permitió que las unidades de producción de estos "campesinos" adoptaran un patrón técnico-productivo y una organización del trabajo similar a la de los colonos originales. Veamos cómo Emilio describe su experiencia:

Los conuqueros sembraban maíz y yuca. También ocumo, todavía se ve alguno. Por los insecticidas ahora no se puede sembrar este tipo de productos. A los campesinos les dijeron que echaran veneno, y los campesinos no sabían y echaban demasiado. Después vinieron las avionetas. Por eso desaparecieron esos cultivos. Ahora la producción es de maíz, ajonjolí, últimamente arroz, caraotas algunas veces. Maíz ya no se puede producir, porque las tierras no tienen drenajes, la construcción de la carretera alteró los drenajes naturales. Se producía fácilmente 2.000 kgs por ha, pero ahora no se puede. La producción de ajonjolí también bajó, pero porque había la posibilidad de sembrar sorgo. Pero ahora, con las importaciones, ya no es negocio sembrar sorgo. Ahora, de nuevo, estamos produciendo ajonjolí. Porque el ajonjolí tiene la ventaja de que es como una cuenta de ahorros. Ud. siembra ajonjolí y ya lo puede ir a vender. Arroz también sembramos, pero a veces uno se pasa hasta cuatro días en la cola para que se lo reciban... no es rentable.

La transformación de las relaciones de trabajo y la participación del propietario de la explotación en el proceso productivo también han seguido una evolución similar a la experimentada por los colonos más antiguos de la zona. Emilio y su cuñado siempre han trabajado sus tierras, pero contando con la participación de obreros asalariados en diferentes períodos del año:

Desde el 60 no trabajé más para otros como tractorista, sino que me ocupé de mi tierra. Mi cuñado y yo siempre hacíamos el trabajo. Era

fácil, porque no había problemas administrativos que resolver. Ahora no, porque es el papeleo. El primer tractor en El Palmar fue el mío. Cuando la empresa maderera me pagó las prestaciones, compramos un tractor. Al inicio también se contrataban obreros, pero pocos. Un "conuco" de 10 has de maíz se llevaba en la limpia unos 12 o 14 jornales. En la época de la cosecha también se buscaba gente. Se traía gente de Lara para cortar el ajonjolí y recoger el maíz. Ellos venían, se les hacía la comida. El saco de maíz se pagaba, pelao, a bolívar. Ahora se meten cosechadoras de maíz que lo agarran en el campo. Antes había miles de obreros en el maíz, que ganaban mucha plata. Ahora con las cosechadoras se recoge en el campo mismo, se mete en el camión y listo. En el ajonjolí se paga por "hilo" (surco), a real los 100 mts. Hay los dos sistemas: algunos prefieren el método de la cosechadora que lo corta y lo agarra directamente. Otros lo cortamos con la cortadora y lo amarramos parado. En el arroz, cuando se usaban sacos, se pagaba por tonelada. Teníamos obreros que cargaban los sacos al camión. Ahora es a granel, que es más económico y más rápido. Tres obreros en el campo y dos en el camión, y el tractorista.

Y Emilio realiza su propio balance:

La época de más ganancia fue del 60 al 68, o al 70. Un rollo de cabulla le costaba a uno Bs. 100, luego te lo pusieron a Bs. 260. Y un litro de Endrín te costaba Bs. 6, ahora Bs. 14. El productor ya no tiene ganancia.

2.4.2. *La transformación de las relaciones mercantiles y de la mediación estatal*

El proyecto Turén de los años 50 consistía básicamente en la producción mecanizada de granos para el procesamiento agroindustrial. Este proyecto continúa siendo, a pesar de todos los cambios, experimentados en 33 años, el fundamento de la agricultura de la zona.

Los estudios de casos de unidades productivas de la sección precedente nos permitieron apreciar cómo, desde un inicio, el área se especializó en la producción de arroz y maíz; cultivos a los que después se agregaron el ajonjolí y el sorgo, a fin de intensificar el uso de la tierra y la maquinaria agrícola durante los meses de verano. Otros cultivos, como el algodón, la caña de azúcar, las caraotas, el girasol, etc., sólo han sido sembrados en superficies relativamente menores, o han experimentado ciclos de auge y declinación demasiado breves para producir importantes modificaciones en la zona. Las relaciones mercantiles de las pequeñas empresas de Turén han estado generalmente inscritas en circuitos agroindustriales en los que,

principalmente el Estado, pero también la industria procesadora, han desempeñado importantes papeles de regulación.

A fin de buscar explicaciones tanto a la continuidad como a los cambios, he organizado la información disponible de acuerdo a una periodización específica para la zona, basada en dos criterios fundamentales: por una parte, las oscilaciones de la producción y los mercados agrícolas; y, por la otra, el papel regulador asumido por el Estado en cada etapa.

El período 1950-1957

La Unidad Agrícola Turén nació como un proyecto de colonización, basado en la creación de empresas independientes de mediano tamaño, pero con un alto grado de centralización de muchas de las actividades propiamente productivas (preparación de tierras, obras de drenaje y riego, investigación y difusión de los conocimientos técnicos, etc.) y mercantiles (crédito, adquisición de insumos y equipos, comercialización de la producción).

Correspondió al IAN, durante los dos primeros años del proyecto, el centralizar todas estas actividades, a la vez que ejecutaba otras importantes tareas como la construcción de las viviendas e infraestructuras, la prestación de los servicios comunales (agua, luz y transporte), y la selección y asentamiento de nuevos colonos.

La existencia de una alcabala a la entrada de la Colonia constituía la manifestación más evidente del control que el Estado, a través de este Instituto, ejercía sobre las transacciones y flujos de todo tipo que se realizaban entre los colonos y el exterior. De esta forma el Estado, a través del IAN, no sólo centralizaba todas las relaciones mercantiles de las unidades productivas; sino que incluso determinaba qué rubros debían producirse y por medio de qué tipo de técnicas productivas.

Un colono, refiriéndose a esta época, señaló:

Venía un técnico y le explicaba a uno: "Ud. va a sembrar maíz". Cada zona tenía asignada su perito.

Y otro añadió:

A mí me multaron porque no quería comprar un tractor 126 International. Yo me sentía incapaz de manejar esa máquina. Un compadre me traspasó su Allis Chalmers, que era la máquina que estaba dentro de mi capacidad.

Por otra parte, el IAN aportó, a través de sus programas de crédito de corto y mediano plazo, la totalidad del capital fijo inicial que necesitaban las nuevas unidades productivas para constituirse; mientras que el BAP proporcionó el capital circulante necesario para la producción de arroz y maíz teniendo como única garantía la propia cosecha que estaban financiando. La generosidad de estos programas crediticios puede incluso juzgarse, si consideramos que, a juicio de los mismos colonos, los montos financiados para ambos cultivos "eran suficientes e incluían un subsidio o partida de subsistencia". Más aún, en contraste con los vicios administrativos que posteriormente se harían endémicos en las instituciones crediticias del Estado, la recepción de la cosecha, en un inicio por el IAN, luego por el BAP, era cancelada inmediatamente a los productores. La dependencia con relación al Estado, para parceleros que aspiraban a convertirse en empresarios independientes, tenía sus ventajas, particularmente en la difícil etapa del despegue inicial, pero podía llegar a convertirse en un obstáculo en etapas posteriores.

Para la mayor parte de los productores, la adopción del ajonjolí en el verano de 1955, constituyó la primera posibilidad de lograr un cierto margen de independencia con relación al Estado. Los bajos costos iniciales de producción del rubro, su corto ciclo de maduración (que aseguraba una mayor rotación del capital invertido) y la garantía de compra de toda la cosecha por la industria aceitera, brindaron a los productores no sólo una fuente alternativa de ingresos sino también mayores márgenes de libertad.

El período 1958-1963

El 23 de enero de 1958 dio fin a diez años de gobierno militar e inició un período de grandes transformaciones políticas y económicas en el país.

En un contexto de recesión económica general y de severas medidas de austeridad del gasto público, la producción agrícola experimentó, no obstante, una considerable expansión durante el período. En gran medida, este crecimiento fue el resultado de la implementación de un nuevo "paquete" de políticas económicas por el naciente régimen democrático. Dos medidas en particular, fueron responsables del crecimiento que manifestó la agricultura en estos años: por una parte, la ampliación, a partir de 1958, de la cartera crediticia del Banco Agrícola y Pecuario (BAP); y, por la otra, la progresiva

inclusión de nuevos rubros en la lista de precios mínimos garantizados a nivel de las unidades productivas. De modo que, ya en 1962, estaban amparados por esta nueva política de precios mínimos la producción de arroz, maíz, caraota, algodón, sisal y papa.

El período se caracterizó también por importantes cambios en las formas como el Estado asumió sus atribuciones en la regulación de las relaciones mercantiles agroindustriales. La política de centralización de funciones en solo uno o dos entes administrativos, el IAN y el BAP, característica del período anterior, fue sustituida, a partir de éste, por una política de descentralización administrativa de los mecanismos de intervención, a través de la creación de múltiples entes especializados. En este contexto, los agricultores de Turén encontraron mayores posibilidades para diversificar tanto los canales de comercialización como las fuentes financieras a los que sus empresas estaban articuladas.

A partir de 1961, el BAP, hasta el momento la única entidad financiera a la que tenían acceso los productores, dio inicio a una serie de programas que buscaban estimular la producción de nuevos rubros agroindustriales. El "plan del maíz" de 1961, cuya meta era elevar la producción, a nivel nacional, de unas 410.000 tm a 600.000 tm en 1963, aun cuando no logró completamente su objetivo, supuso al menos un importante aumento en el aporte crediticio y en la superficie dedicada al cultivo de este rubro. Los productores de Turén fueron de los principales beneficiarios de este programa.

Ese mismo año, el BAP y la industria aceitera iniciaron un programa especial de financiamiento para el ajonjolí. El programa, sin embargo, no tuvo una gran acogida entre los productores, debido a un costo por hectárea superior al estimado originalmente por el Banco. No obstante, para muchos colonos de Turén, el cultivo significó una interesante oportunidad para incrementar sus ingresos a través de la intensificación del uso de sus tierras y maquinarias durante la estación seca. Surgieron, por lo tanto, otras formas de financiamiento: la compra a crédito de los insumos y su cancelación a las casas comerciales en el momento de la cosecha; la compra "a futuro" de la cosecha por transportistas e intermediarios; la obtención de créditos de la banca privada mediante pagarés o fiadores, etc. (cfr. Llambí *et al.*, 1977: A-39).

En 1961, la Asociación Nacional de Cultivadores de Algodón (ANCA), conjuntamente con el BAP y la banca privada, abrió una nueva alternativa al ofrecer financiamiento para la siembra de algodón. No obstante, es significativo el que muchos productores de

Turén no se hayan querido acoger a este programa por considerarlo lesivo a sus intereses de mayor autonomía. Uno de los colonos entrevistados lo manifestó en estos términos:

Yo nunca he sembrado algodón. Aquí vinieron muchas veces, pero a mí no me gusta. A mí no me gustó nunca el sistema de crédito de ANCA. El algodón es rentable, sí, pero si yo adquiero una suma de dinero, yo me hago responsable.

La diversificación de las fuentes de financiamiento no supuso, sin embargo, una completa diversificación de las relaciones mercantiles de los colonos en Turén. Como parte del proyecto inicial, en el período anterior, el IAN y la mayor parte de los colonos como accionistas habían constituido una empresa (la C. A. de Productores de la Unidad Agrícola Turén —CAPUAT—) para la distribución de los insumos y la comercialización de la producción. Por otra parte, en 1922, el BAP, en el contexto de la política de diversificación administrativa anteriormente mencionada, constituyó una empresa “Almacenes y Depósitos Agropecuarios” (ADAGRO) para la centralización a nivel nacional de la comercialización de las cosechas financiadas por el Estado. Ambas empresas operaron, no obstante, paralelamente, al menos por un cierto tiempo.

En las tierras circundantes a la Colonia, la Reforma Agraria, decretada en 1960, convertía a los “pisatarios” u ocupantes, en beneficiarios potenciales del crédito y la asistencia técnica que anteriormente sólo habían disfrutado los colonos y los grandes empresarios o hacendados de la zona. Para muchos de los ocupantes en precario, que desde hacía tiempo se estaban radicando en la zona, la política de Reforma Agraria se convertía en una real posibilidad de transformarlos en productores mercantiles capitalizados al igual que los parceleros de Turén.

El período 1964-1973

Una de las principales características de este período fue la consolidación de las políticas de desarrollo agroindustrial que habían sido ya iniciadas en la década del 50. Como consecuencia de estas políticas, en los años que median entre 1964 y 1970, la producción de materias primas agrícolas para la industria, y en particular la producción de cereales y oleaginosas, manifestó un crecimiento sin precedentes en el país. Los tres últimos años del período, sin em-

bargo, estuvieron marcados por una grave crisis; en gran medida ocasionada por factores climáticos adversos, particularmente en la región de los llanos occidentales en la que está enclavada Turén. No obstante, según muchos analistas del sector agrícola, la crisis del 71 al 73 puso de manifiesto algunos problemas de índole estructural que comenzaban ya a manifestarse en la producción agrícola como consecuencia de las políticas desarrollistas implementadas con especial vigor en la década del 60.

En Turén, los incrementos en la producción de arroz, maíz y ajonjolí, los cultivos predominantes en esa época, alcanzaron niveles sin precedentes en el país entre 1969 y 1971. Ya en 1964 el BAP había comenzado incluso a tener dificultades en la zona para almacenar toda la cosecha, por lo que se vio en la necesidad de implementar un "programa nacional de construcción de silos", a fin de poder cumplir con sus obligaciones. Los silos de Turén y Araure, como también los de San Cristóbal, fueron los primeros en ser ampliados.

A partir de 1966, sin embargo, los rendimientos en la producción de ajonjolí en Turén comenzaron a manifestar una fuerte tendencia al decrecimiento; esta tendencia pudo ser compensada inicialmente con un incremento en la superficie bajo cultivo pero, a partir de 1970, comenzó a existir un creciente desabastecimiento de materia prima para la industria y a aumentar las importaciones del rubro.

Por otra parte, en la producción de maíz algo similar estaba sucediendo; ya que, aun cuando este cultivo había manifestado siempre rendimientos relativamente bajos en comparación con los de otros países, con la adopción de nuevas técnicas productivas inicialmente se había experimentado una cierta tendencia al incremento de la producción por ha. No obstante, en este caso, tampoco la expansión de la superficie cultivada había logrado reestablecer el equilibrio entre una demanda en constante crecimiento y una oferta relativamente rígida.

Con la creación en 1966 del Fondo para el Desarrollo del Ajonjolí (FONALI) y en 1970 del Fondo Regional para el Desarrollo del Maíz (FOREMAIZ) se intentó paliar, a través de incentivos a la innovación y a la adopción de cambios técnicos, el desequilibrio generado en el mercado interno. No obstante estos esfuerzos, las fuertes sequías que afectaron a los llanos occidentales entre 1971 y 1973 agravaron particularmente el problema.

En este contexto, las políticas estatales de fomento a la producción, y particularmente la política de precios, manifestaron a lo largo del período una asombrosa continuidad. Como es sabido, el objetivo de toda política de precios mínimos es garantizar a los productores, mediante la adquisición de sus cosechas o por otros medios, un precio que les permita el logro de ciertos márgenes de ganancia. En otras palabras, con base en una determinada estructura de costos, estimada en las condiciones de producción promedio o en las más desventajosas según el objetivo buscado, se establecen unos precios que aseguren la realización de una tasa de ganancia juzgada deseable.

No obstante, la política de precios mínimos agrícolas implementada por el Estado entre 1964 y 1972 resultó en la erosión progresiva de los márgenes de ganancia de los productores entre una y otra cosecha. Lo que constituyó el resultado de haber mantenido prácticamente congelados los precios de los productos agrícolas en todo este lapso, mientras los precios de los insumos experimentaban un lento pero constante incremento. En consecuencia, muchos agricultores se vieron forzados a abandonar la producción de estos rubros o tendieron a compensar su descapitalización con una creciente morosidad en sus relaciones con las instituciones crediticias del Estado. En estas condiciones, la mayor parte del proceso de descapitalización tendió a ser absorbido por el Estado; el cual mantuvo abiertas con los productores sus líneas de financiamiento, independientemente de los niveles de morosidad que aquéllos hubieren alcanzado.

Por otra parte, en el contexto determinado por una moneda sobrevalorada internacionalmente, la merma en los rendimientos físicos de la tierra y los crecientes costos de producción determinaron niveles de precios muy superiores a los existentes en los mercados externos, por lo que el Estado, comprometido en la adquisición de la cosecha, vendía a la industria procesadora a precios inferiores a los de adquisición, o incluso colocaba parte de los excedentes en el exterior al costo de un oneroso subsidio. En estas circunstancias, la política de precios mínimos tendió, en la práctica, a convertirse en una política de precios máximos; y la política de financiamiento en una política de subsidios. El resultado final, en definitiva, fue que la producción de rubros agroindustriales, y en particular los cereales y las oleaginosas, dejó de ser rentable para convertirse en un sector subsidiado por el Estado a cuenta de los ingresos petroleros del país.

Más aún, la administración de la compleja política del Estado tendió a incentivar el proceso de progresiva diferenciación de fun-

ciones y especialización de los entes burocráticos comenzado en el período anterior. El ejemplo más evidente fue el Banco Agrícola y Pecuario (BAP). Esta institución, ante los requerimientos de la nueva política agraria iniciada en 1960, se vio en la necesidad, a partir de 1961, de crear líneas de financiamiento diferentes: una para los "pequeños" productores o "campesinos", destinada en prioridad a los beneficiarios directos del programa de Reforma Agraria; y otra para los productores "empresariales", sector integrado mayoritariamente por los colonos y ocupantes espontáneos de las tierras estatales en el contexto del proceso de ampliación de la frontera agrícola experimentado en las décadas del 40 y el 50. Por otra parte, atendiendo al mayor volumen de cosechas y a una mayor complejidad de sus intervenciones en la comercialización de los productos agrícolas, en 1961 el BAP creó también una Gerencia de Mercadeo, a la que adscribió a la empresa ADAGRO.

No obstante, el rápido desarrollo del "subsector empresarial" a lo largo de la década, determinó que en 1969 la Gerencia de Crédito Empresarial se convirtiera en el Banco de Desarrollo Agropecuario (BANDAGRO), institución mixta estado-productores, que habría de regirse en principio por los criterios mercantiles del crédito bancario privado. Mientras que el BAP, convertido en el Banco de los "pequeños" y "medianos" productores, se regiría por las normas establecidas en la Ley de Reforma Agraria de 1960. Ambas instituciones, no obstante, ante el hecho de la muy baja participación de la banca privada en el financiamiento de la producción agrícola como consecuencia fundamentalmente de los relativos bajos niveles de rentabilidad de la mayor parte de los rubros, funcionaron durante todo el período bajo condiciones que no se atenían estrictamente a los criterios del capital financiero. Una manifestación de esta situación la constituyeron, durante todo el período, los altos niveles de morosidad tanto por parte de los productores "campesinos" como "empresariales"; así como el subsidio implícito en unas tasas de interés inferiores a las imperantes en el mercado financiero.

En Turén, la diferenciación establecida por la administración pública entre "empresarios" y "campesinos", sancionaba oficialmente los niveles diferenciales de acumulación existentes entre los colonos originales del proyecto y los "campesinos" o "neocolonos" de las zonas anteriormente marginales a él. Los colonos, convertidos así en "empresarios", tendrían acceso preferentemente al crédito de BANDAGRO que, aunque menos favorable en cuanto a las tasas de interés que estableció, financiaba un mayor número de rubros

y otorgaba montos de crédito más elevados, lo que redundaba en mayores posibilidades de diversificación y expansión para estos productores. Por el contrario, los "neocolonos", oficialmente considerados "campesinos", tendrían acceso casi exclusivamente al BAP, lo que limitaba sus posibilidades de acumulación debido a patrones de financiamiento más reducidos y a una política crediticia más restringida en cuanto a los rubros financiados.

Completando el proceso de diferenciación burocrática, a partir de 1971, la Gerencia de Mercadeo del BAP se convirtió, a su vez, en Corporación de Mercadeo Agrícola. Su creación contó con la actitud favorable por parte de los productores, ya que muchos pensaban que los problemas que venían experimentando en la comercialización de las cosechas serían resueltos por el nuevo ente administrativo. No obstante, los problemas que en general confrontaban los rubros agroindustriales, y en particular la relación de intercambio desfavorable para los productores agrícolas, no podían ser resueltos simplemente a través de la creación de un nuevo ente burocrático.

El período 1974-1983

El período que medió entre 1974 y febrero de 1983 puede ser caracterizado como de gran inestabilidad e incertidumbre generalizada para los productores agropecuarios.

El súbito aumento de los ingresos fiscales en 1973, como consecuencia del incremento de los precios del petróleo en el mercado internacional, determinó un conjunto de transformaciones en las principales relaciones macroeconómicas del país. Las presiones inflacionarias, que habían sido contenidas mediante las regulaciones y controles de precios, los subsidios y las importaciones durante el período anterior, pasaron a ser incontrolables. La agricultura, y muy especialmente los rubros agroindustriales, que habían estado sumidos en una larga crisis como resultado del agotamiento de las políticas implementadas en el período anterior y que recién había atravesado una coyuntura climática desfavorable, no estaba en condiciones de reaccionar rápida y espontáneamente al estímulo de una demanda acrecentada en un muy breve plazo.

El equipo de gobierno que en 1974 asumió la administración del Estado, diseñó una política económica para la agricultura que, aunque mantenía muchos de los elementos de la política anterior, innovaba en otros aspectos fundamentales. El objetivo explícito de

la nueva política era modificar los desfavorables términos de intercambio entre la producción agrícola e industrial.

Los recursos de que dispusieron los entes estatales de financiamiento fueron más que duplicados en este período en relación al anterior. Adicionalmente, a partir de 1974, comenzó a funcionar un nuevo ente (el Fondo de Crédito Agropecuario), encargado de la administración de un fondo especial para el financiamiento a largo plazo del capital fijo que requería la recapitalización de las empresas agropecuarias. Este fondo fue inicialmente establecido en dos mil millones de bolívares con líneas de financiamiento que podían llegar hasta los 20 años, con la determinación de años de gracia y tasas de interés muy inferiores a las del mercado. Esta política fue, en gran medida, responsable del considerable impulso a la acumulación del capital que experimentaron los agricultores de Turén en estos años. Según cita Vessuri (1979: 41), un informe de FUDECO (una fundación regional de desarrollo) de 1976, señalaba que los créditos otorgados por el FCA, en Turén se tradujeron en un 80% en compras de equipos de riego y maquinaria agrícola.

Otras políticas oficiales fueron diseñadas con la finalidad explícita de estimular la inversión reproductiva en la producción agrícola. Se decretó un aumento general de salarios y la elevación del jornal mínimo, que tenía como una de sus finalidades el elevar la demanda de los productos agropecuarios. Se decretó un aumento considerable de los precios mínimos garantizados de muchos productos agrícolas, y en particular de rubros agroindustriales (maíz, sorgo, arroz y ajonjolí, entre otros). Se decretó la congelación del precio de algunos de los principales insumos utilizados en la producción agropecuaria.

El efecto, en el corto plazo, de este "paquete" de políticas fue apreciable: la producción de arroz, que en 1973 se estimaba en 301.900 tm en 1975 se elevó a 363.000 tm; mientras la de maíz pasó de 454.000 a 653.000 tm en las mismas fechas. El crecimiento más espectacular, sin embargo, fue en la producción de sorgo, cuya producción en el mismo período se duplicó pasando de 34.050 a 70.380 tm.

Es importante, a mi juicio, hacer un breve paréntesis para analizar las causas de este espectacular "boom" del sorgo, ya que lo considero significativo para identificar los diferentes intereses y elementos que están en juego en las políticas agroindustriales, así como sus posibilidades y limitaciones.

A partir de 1972 el precio del sorgo en el mercado internacional experimentó un considerable incremento. En esta coyuntura, resultaba ventajoso para la industria productora de alimentos concentrados para animales el incentivar la producción nacional de cereal, uno de sus principales insumos, en vez de continuar importándolo a precios cada vez mayores. Según Solórzano (1979: 20), ya en 1966, PROTINAL había iniciado en forma experimental la producción de sorgo en el país; pero no fue sino en 1974 cuando la empresa decidió dar inicio a un programa de financiamiento en gran escala para la producción de sorgo y maíz.

Para los agricultores de Turén, la producción de sorgo, cultivo que se realiza durante la temporada de sequía o "ciclo de verano", constituyó una ventajosa alternativa ante la necesidad de buscar alternativas al ajonjolí, rubro cuyos rendimientos por hectárea eran cada vez menores. De modo que, mientras la superficie de ajonjolí se redujo entre 1973 y 1976 en 16.000 has (a pesar de un aumento en el precio y en el monto de financiamiento por las entidades crediticias), la superficie de sorgo se incrementó considerablemente entre ambas fechas. En 1976, 1978 y 1980, ante el incremento de los costos como consecuencia del proceso inflacionario, el gobierno decretó nuevos aumentos en los precios mínimos de los cereales (arroz, maíz y sorgo) a nivel del productor. Nuevamente, la erosión de las tasas de ganancia por la dinámica contradictoria de la fijación de precios oficiales para la producción agrícola y la inflación incontrolada del precio de los insumos era paliada a través del incremento del precio de los productos o el subsidio de los insumos a nivel de finca. Nuevamente la producción agrícola, y en particular la agroindustrial, experimentaba tasas de crecimiento relativamente altas, ante el estímulo de las políticas oficiales. El "boom", sin embargo, iba a durar poco. La economía nacional, estrechamente articulada a los mercados internacionales a través de la exportación de petróleo y la alta capacidad adquisitiva del bolívar, con una paridad fija de 4,30 por dólar, entraba en una nueva coyuntura que rápidamente habría de afectar directa e indirectamente a la producción agrícola.

En 1978, como una de las primeras manifestaciones de la aguda recesión acompañada de inflación que comenzaba ya a manifestarse en los principales países industrializados, el país experimentó por primera vez en más de quince años, un déficit en su balanza comercial. Por otra parte, las crecientes erogaciones que el Estado hacía cada año para sostener los precios agrícolas y subsidiar tanto a la producción industrial y agrícola amenazaba ya en convertirse en una

agobiante carga para un presupuesto oficial cada vez más comprometido. La deuda pública, tanto la interna como la externa, comenzaba a incrementarse peligrosamente y las presiones de los diferentes intereses que el Estado intentaba articular a través de sus políticas y del presupuesto público se habían vuelto cada vez más conflictivas.

En este contexto, en 1979, el gobierno diseñó una nueva política económica para la agricultura. Política que, en lo fundamental, se caracterizó en los años que restaron del período, por una cada vez mayor restricción de los aportes presupuestarios del Estado, tanto para el mantenimiento de la compleja administración burocrática de sus entes de intervención como para el fomento de la inversión a nivel de los productores . . .

La agricultura (señaló un colono de Turén) puede ser rentable, pero para el Estado se ha convertido en una carga.